

EL DEMÓCRATA

Director: D. ALICIO GARAYAGA Y LOPEZ

AÑO II

Villena 9 de Agosto de 1891

NÚM. 52

Escena lúgubre.

Contemplad á ese niño robusto y hermoso, mirando al cielo azul que le sonríe; su cabellera es rubia; sus ojos grandes dejan ver la candidez y la pureza de su alma; sus labios sonrosados no han bebido el cáliz de la impureza; sus mejillas de carmín no se han teñido por la quemante sangre que arroja la conciencia, desde sus senos, al rostro del que ha pecado; salta, corre y juguetea; sufre viendo al pájaro que ha perdido su libertad y goza al abrir la puertecilla de la jaula que lo encarcelaba; aturdido, vé á otros niños que, con paso lento, impropio de sus edades, entran en un edificio soberbio y sombrío y quiere también penetrar, pero una mano férrea y callosa le detiene y le dice: ¡atrás! que aún tienen luz tus ojos; el niño llora, forcejea; es inútil: tiene que instruirse antes de penetrar en aquella mansión desconocida.

Pasa algún tiempo; el niño, á medida que crece, va recibiendo lecciones de aquella mano callosa y á medida que se instruye, sus ojos pierden el brillo y sus movimientos, la libertad: tiembla cuando vé á un hombre negro. ¡Par qué tiembla? porque tiene horror al fuego y aquel hombre es un incendiario, que no quiere quemar cadáveres y quema á los niños vivos. Antes miraba al sol y ahora le hacen mirar á la sombra; antes bebía el agua cristalina de los arroyos; ahora le hacen beber agua de impuros pantanos; antes olía el aroma de las flores; ahora le hacen oler incienso; antes oía los armoniosos ecos de la sublime música que la naturaleza ofrece; ahora solo oye quejidos lastimeros, que salen mezclados con el vapor que vomitan inmensas calderas de brea hirviendo, en cuyas profundidades se consumen sin esperanzas los malditos, que murieron sin recibir las enseñanzas de la mano callosa.

Ese templo, cuyos techos están formados por un inmenso manto azul salpicado de estrellas y cuyos auelos se hunden en el infinito, le ha cerrado sus puertas; las flores no le prestan sus aromas; el sol le niega su luz; la naciente aurora no disipa las sombras de la noche eterna donde le han hecho penetrar; la fuente milagrosa que destila las aguas puras de la ciencia, que forman el Jordán que limpia las impurezas de la ignorancia, no apaga su sed; lo bello y lo sublime han desaparecido para él, cubiertos por el telón inmenso que la mano callosa ha tejido con sus misterios y sus enigmas.

Una noche, aquel niño, casi ciego y casi paralítico, guiando sus pasos hacia la fatalidad que le perseguía, se vió cogido por la mano callosa y arrastrado, como un algo inexplicable, fué lanzado con violencia hacia el abismo, como el barco, que ha perdido en medio de la tempestad, timón, velamen y brújula; luego corría en dirección contraria á donde miraban sus ojos y finalmente cayó aturdido, dando un fuerte golpe contra una jaula de madera, donde las arañas tejían redes sucias para cazar á los inofensivos insectos. ¡Era un confesionario? No lo sé.

Cuando se desvaneció el estupor que la caída le produjo, con dificultad pudieron sus músculos retenerle en pié: sus reti-

nas no tenían luz y no veía. Poco á poco fué acostumbrando sus ojos á aquella penumbra rodeada por una luz siniestra y opaca y empezó á percibir fantasmas, que estremecían por su fealdad, andando con la cabeza desviada hacia la tierra y con los piés dirigidos al cielo, en la misma actitud que el Dante nos presenta á los simoníacos; oía ruidos misteriosos, que aterraban, producidos por colosales lechuzas que bebían aceite; veía, aunque con dificultad, multitud de roedores que se llevaban á sus guaridas la carcoma de figuras colocadas sobre pedestales; las hendiduras de las losas sucias que formaban el suelo, dejaban salir emanaciones pestilentes y asfixiaban á aquel desgraciado que, sintiéndose envuelto por el frío sudor de la agonía, dando un quejido lastimero, moría pronunciando estas palabras: ¡Ya veo! ¡Dios mío!

AZARIAS LOPEZ.

Humoradas de Campoamor.

Me auelo preguntar de dudas lleno: —¿Son mejores los buenos, ó los justos? Y la elección va en gustos; yo doy todos los justos por un bueno.

Qual la hormiga juntamos el dinerc, y luego... esparce Dios el hormiguero.

Fué causa de mis muchos desencantos, una asceta instruida, que aprendió por las vidas de los santos las cosas menos santas de la vida.



En guerra y en amor es el primero el dinero, el dinero y el dinero.

En vano tu memoria quiero dar al olvido, aunque eres una santa, cuya historia llenaría de escándalo á un bandido.

Saben bien los amantes instruidos que quieren decir sí, tres nos seguidos.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

A una niña

EN LA MUERTE DE SU MADRE.

¡No llores, no llores! Enjuga ese llanto que agolpa á tus ojos el fiero quebranto que en tu alma sencilla su muerte causó... Tu voz se enronquece, tu pecho se oprime, tus labios pronuncian su nombre... más, dime: la madre querida que lloras... ¿murió?

Morir es, hermosa, dejar en la tierra el barro mequino de el alma se encierra. ¡Dejarlo por siempre! ¡Qué dulce es morir! La muerte es el paso que dan los mortales cruzando del cielo los santos umbrales: ¡La muerte es la dicha! ¡Morir es vivir!

¡No llores por ella! ¡Feliz el que muere! Feliz quien se aleja de un mundo que hiera sagradas creencias, pureza y virtud! Después que con olas rugientes batalla ¡dichoso mil veces el naufrago que halla un puerto bendito de paz y quietud!

¡No llores, no llores! Contempla ese nido que un ave en el techo dejó suspendido: sus hijos la esperan... ¡y no volverá! Detuvo la muerte su rápido vuelo... mas ¡ah! ¡no te aflijas! Magnánimo el cielo que vela por ellos, la vida les dá.

¡No llores, no llores! Mitiga tu pena; que alumbre tu mente la aurora serena de dulce esperanza que el hado veló... Tu voz se enronquece, tu pecho se oprime, tus labios pronuncian su nombre... más, dime: la madre querida que lloras... ¿murió?

La tarde espiraba fatidica y fría; sus sombras opacas la noche estendía, borrando del cielo la azul claridad: tranquila tu madre y en lecho de muerte lanzó hondo suspiro, quedó luego inerte y su alma fué en busca de un Dios de verdad.

Después... en el éter, magnífica y bella, brilló solitaria cual trémula estrella: su luz refulgente cayó sobre ti... ¡No llores, no llores! ¡Mitiga tu duelo y eleva tus ojos dolientes al cielo! ¡tu madre no ha muerto! ¡tu madre está allí!

RAMIRO ALEGRE GARCÉS. (Valencia).

Colaboración inédita.

«Días claros, serenos... por cuanto quema el sol muy alabados...»

Porque á esos días de sol desvergonzado y calor de cuarenta grados, llama *Buen tiempo* el vecindario de Madrid.

Son los que forman la claqué del sol. De ese enemigo de levitas expertas y sombreros calvos y laboriosos y filsonomas usadas.

A la luz de ese tiempo del día, los tornasoles y los estragos del tiempo se muestran con más claridad.

Hay quien dice que el verano es el protector del pobre.

Espíritus benéficos que no han trabajado en el campo durante los meses del Estío.

Es verdad que, en verano como decía aquel filántropo meritorio —no necesita casa una familia pobre, puede dormir en cualquier parte, al aire libre.

¡Alma grand! Es como si dijera:

—En verano ni se conoce al casero.

—La vida es más barata en tiempo cálido.

La naturaleza brinda con frutas y flores, á precios reducidos á las clases jornaleras.

Una familia poco acomodada, ó, mejor dicho, no acomodada en parte alguna, puede mantenerse y aún hastiarse, por poco dinero, de comestibles frescos.

Esto es innegable.

Para las otras clases si bien menesterosas con más pretensiones, el verano es una suspensión de alimentos.

Todo duerme: el comercio, la industria, las artes, todo menos la taucomaquia.

—Madrid es un cementerio en el que andan los muertos á sablazo limpio, por cuenta del invierno, que es la razón social.

Porque en invierno hay vida y actividad.

Negocios de verano son, generalmente, ruinosos.

En Madrid, apenas pueden sostenerse los espectáculos de verano.

Ya ven ustedes.

Apolo ya ha cerrado el ojo, y el Tilbury y Recoletos y demás, arrastran existencias penosas.

Si el verano repartiese sus beneficios entre sus adeptos y nada más...

Pero el sol sale para todos, según vulgarmente se dice, aún cuando no hay equidad en la distribución del calor.

Para los gordos, supongamos, está equivocado el termómetro en cinco ó seis grados.

Son los mártires de la estación.

Visitaba á uno de estos un amigo, y le encontró en el baño en su casa.

—Cómo te cuidas, sibarita! —le dijo.

—No permita Dios que te veas en este caso —respondió el gordo hidráulico — me recetó el médico baños de asiento, durante el verano y aquí me tienes desde veintitantos de Junio, hasta Septiembre.

—Pero hombre, esos no son baños de asiento, sino baños inamovibles.

La elevación de temperatura produce efectos extraordinarios.

Así decía un cariñoso marido á quien su esposa demandaba ante los tribunales por *mor* de malos tratamientos.

—Yo creo que con esta calor, no sabe ella lo que se hace, porque sino cómo había de entregarme á la *reindicta pública*!

—Pero si se queja de que usted la maltrata.

—No señor, no es verdad: la hablo de tu y me parece que entre cónyuges no es falta, y respecto á sacudirla de cuando en cuando, mire usted, ellas lo agradecen y además que con estos calores no sabe uno viéndose acalorado, contra quien pegar y yo, como lo tengo en casa á Dios gracias...

Los asesinatos, los suicidios, los brindis penables, todos son efectos de la temperatura.

—El hombre es una locomotora — al decir de un pupilo de Escudero convaliente de cuerdo. — La sangre es el agente que impulsa á la locomotora. Cuando la temperatura se eleva, el hombre marcha con más velocidad; cuando el calor disminuye la máquina va con menos rapidez. También puede valerse el maquinista de las válvulas... Así ando yo detrás de abrirle una válvula al médico para que se convenza de que no estoy loco y me dé el alta.

Los señoritas se acudían ayer las ropas con verdadero ensañamiento.

Empezaron la lucha vestidas y fueron deshojándose, hasta quedar casi sin funda.

Un caballero preguntó á un guardia del orden que había llegado, aunque tarde.

—¿Qué ha sido eso, guardia?

Y el interrogado respondió

—¿Qué ha de ser? que ustedes los del público transeunte son muy animales y por cualquier cosita forman corro.

—Muchas gracias por todo — replicó el transeunte agradecido á la amabilidad del representante de la autoridad.

—Nada — explicó una señora desteñida — que han resultado dos mujeres para un hombre y no se avienen á formar grupo.

Personas inorantes, si bien escandalosas.

EDUARDO DE PALACIO.

Serenata.

Triste Luna que rasgando vas del cielo el limpio tel, di á mi bien, que es mi cariño mas eterno que tu luz.

Mas huye, vete presto, desciende ya, ó esconde avergonzada tu blanca faz; porque si mi bien mira tu claridad... con la luz de sus ojos te eclipsará.

Desciende, triste Luna, desciende ya... que Amor busca anhelante la obscuridad.

AQUILINO JUAN OCAÑA.

A Cristóbal Rodríguez Navarro.

SONETO

Te quisiera pintar, y tengo miedo
 Por no haber quien me saque de este apuro;
 Eres un laberinto, y te aseguro
 Que si penetro en él, salir no puedo.
 Por tu mucho abarcar, vas al enredo,
 Y tropiezan tus pies en lo inseguro:
 Tu espíritu romper no puede el muro
 Que defiende tu sino con denuedo.
 Tu primera intención siempre es sencilla:
 Mez el hecho ennegrece tu intención,
 Dibujando la sombra en tu mejilla.
 Hacer quieres el bien por intuición;
 Pero la luz que en tu cerebro brilla
 Se apaga en el capuz de tu ambición.

JUAN HURTADO TOMÁS.

A Celia.

Voy a enseñarte,
 Celia querida,
 lo que es la muerte,
 lo que es la vida.

No encuentras nunca
 sosiego y calma,
 ni hallas la dicha
 que anhela el alma;
 sueñas con sendas
 lleras de flores,
 calmar pretendes
 tu sed de amores;
 y en todas partes
 hallan tus ojos,
 de nuestras glorias
 tristes despojos.
 Tus ilusiones
 castas y puras,
 se desvanecen
 por ser locuras
 que nunca arraigan
 en esta vida,
 donde lo impuro
 tan solo anida.
 Hondo suspiro
 tu pecho lanza,
 y al ver tan lejos
 la bienandanza,
 tal vez presentes
 Celia, que el mundo,
 en sinabores
 solo es fecundo...
 ¿Buscas la dicha?
 ¡Vana quimera!
 ¿A qué te afanas,
 mña hechicera,
 si lo que buscas
 con tanto anhelo
 no has de encontrarlo
 nunca en el suelo?...
 En este mundo
 ¡oh desencanto!
 el llanto es risa,
 la risa es llanto;
 las carcajadas
 que lanza el pecho,
 lo dejan siempre
 roto y deshecho;
 y en triste llanto
 se anega el alma
 cuando á perderse
 llega la calma;
 porque el destino
 fatal, convierte
 Celia querida,
 la vida en muerte.

Quando tus ojos
 no vean nada,
 porque la cierre
 la parca airada,
 y ya no lance
 tu casto seno
 ningún suspiro
 de angustia lleno;
 tan solo entonces
 Celia querida,
 cuando comience
 tu nueva vida,
 y de pojada
 de su envoltura
 su vuelo el alma
 tienda á la altura;
 verás el mundo
 como se humilla
 ante lo eterno
 que maravilla;
 verás entonces
 otras estrellas
 en lo infinito,
 mucho más bellas
 que las que vistes,
 Celia, en el cielo,
 cuando morabas
 en este suelo.

Allí no hay lutos,
 todo es belleza,
 todo alegría,
 todo pureza;
 y van las almas
 hacia lo bello,
 buscando ansiosas
 algún destello
 de lo infinito,
 de lo ignorado,
 de lo absoluto
 tan profanado...

Guarda la tierra
 materia impura,
 y cuando el alma
 vá hacia la altura,
 sube diciendo,
 Celia querida:
 —¡La vida es muerte!
 ¡La muerte es vida!...

A. CARABACA.

Carta á Justo.

Lei tu carta del siete,
 y por lo que veo en ella,
 quieres noticias de Estrella,
 lo cual me pone en un brete.

Porque si yo te contara
 los lios de tu señora,
 francamente, desde ahora
 me dirías que callara.

Pero yo por complacerte,
 y aunque sufras un disgusto,
 al corriente, amigo Justo,
 del caso voy á ponerte.

Estrella en Valladolid
 era admirada por bella,
 pero... un día marchó Estrella
 con dirección á Madrid.

Donde está bastante bien
 con un viejo caprichoso,
 que habita un hotel precioso
 y arrastra lujoso tren.

El viejo idolatra á Estrella,
 y ésta... según dicen... pero
 amigo Justo, no quiero
 que sospeches nada de ella.

Sé que está abonada al Real
 y viste con mucho gusto.
 La verdad, amigo Justo,
 que no está del todo mal.

Por ella el marqués de la O,
 y el señor de Daza Mier,
 se batieron anteayer...
 pero ninguno murió.

Y ella á todo esto riendo,
 y ellos por ella esperando,
 con todos sigue alternando
 y á todos correspondiendo.

Tales mis noticias son.
 Templa tu coraje, amigo,
 y escucha lo que te digo:
 ¡Paciencia y resignación!

S. CERNUDA. (Valladolid.)

A Joaquín Vera.

Que «El Activo» y «La Verdad»
 Se abracen con efusión,
 Y que celebren la unión
 Con toda solemnidad,
 Lo comprendo.

Pero que estos contrayentes,
 Te carguen en sus pirluetas
 Con lo de *Abajo caretas*
 Y sus demás ingredientes,
 No lo entiendo.

Que tú desdichado seas
 A pesar de que no peques,
 Y que con los ojos seques
 Las viñas, cuando paseas,
 Lo comprendo.

Pero que quiera Piñón
 Después de sus alborotos
 Que pagues los vidrios rotos
 Con tu honrosa ocupación,
 No lo entiendo.

JUAN HURTADO TOMÁS.

Sr. Director de EL DEMÓCRATA.

Querido amigo: Me pides algo para el último número de tu periódico.
 Pues bien; en la imposibilidad de hacer nada nuevo, te mando esas cuartillas desenterradas de entre mi ropa vieja. No quiero tomarme el trabajo de repararlas ni aún de de-

quitarlas el polvo. Hazlo tú; y si te aprovechan, las aprovechas; si no, las rompes y bien rotas están; que no por eso dejaremos de ser tan buen amigos como siempre.

P. M. ESTAÑ.

6 Agosto 91.

Pared por medio.

I.
 La noche estaba horriblemente fría. El viento amenazaba arrancar hasta los cimientos de una casa humilde y pobre, en cuya cocina, y al calor de un fuego hartamente escaso, se veían dos mujeres.

Eran madre é hija. La madre contaba cuarenta y cinco años y estaba ciega. La hija, de veintidos, era una perla, un modelo de hermosura y de virtud. Todo en aquella casita respiraba pobreza; pero en toda ella campeaban la curiosidad y limpieza más escrupulosas.

La madre, aunque ciega, hacía media. La hija, á la escasa luz de un candel, cosía una prenda que, á primera vista, se comprendía por su valor, que no era para ella.

Y, en efecto; Rosa, que así se llamaba la hermosa joven, trabajaba para las demás, y con este trabajo mantenía á su madre.

A cada movimiento de la puerta impulsada por el viento, Rosa levantaba sus hermosos ojos para fijarlos en la puerta con la ansiedad de quien algo espera.

—¡Cuánto tarda esta noche, madre...!
 —A ti te parece que tarda, hija mía; pero aún no son las ocho. Es sábado, y se habrá entretenido en casa de su maestro.

—Es verdad, suspiró Rosa; los sábados tarda más!

El reloj de la parroquia dió las ocho, y el toque de ánimas dejóse oír luego.

Madre é hija suspendieron su trabajo y rezaron por los difuntos.

—¡Por tu padre, hija mía!—dijo conmovida la madre.

—¡Por el alma de mi buen padre!—añadió Rosa conmovida también.—¡Pobre padre, cuan joven murió...!

—¡Dios lo quiso, hija mía! Cúmplase su voluntad.

Y ambas quedaron tristes y calladas con este recuerdo.

Como cinco minutos después sonó un golpecito suave en la puerta de la calle. Los hermosos ojos de Rosa se animaron: entonces no era el viento; levantóse y abrió... y un robusto joven de unos veinticuatro años, rebozado en recia manta y con el humilde traje de artesano, penetró en aquella humilde vivienda.

Era Antonio, el honrado Antonio, el prometido de Rosa, y que antes de un mes habían de unirse en santo lazo que ni aun la muerte rompe.

—¡Cuánto has tardado esta noche!—dijo Rosa con cariñosa timidez.

—Es verdad, contestó Antonio; pero os traigo una buena noticia. No trabajo V., madre,—añadió dirigiéndose á la pobre ciega, ni tú tampoco, Rosa, hasta que sepais la noticia.

—Pues bien—contestó Rosa—dila pronto.

—Han de saber ustedes—continuó Antonio—que el lunes me encomendó mi maestro un trabajo bastante delicado, y me dijo: «Antonio; si haces esto á mi gusto, no lo perderás.» Yo he trabajado mucho, y hoy, cuando entregué la obra, me dijo el maestro: ¡Muy bien, Antonio, desde el lunes te aumento en dos reales el jornal!—Ya veis si es buena noticia. Además, Rosa de mi alma, me ha ofrecido que será nuestro padrino de boda... y ya ves; somos pobres; pero con nuestro amor, la honradez y el trabajo, seremos felices... Dime, querida Rosa, ¿no te alegra esta noticia?

—Antonio;—dijo Rosa coloreándose sus blancas mejillas de purísimo carmin.—todo lo que es tuyo me alegra, porque sabes cuanto te quiero: somos pobres... —Sí; la interrumpió Antonio;—somos

pobres, pero somos ricos porque nada ambicionamos. Yo soy más pobre que tú, Rosa mía. Tú tienes una madre... yo no la he conocido: estoy solo en la tierra...

—¡Ah!—suspiró Rosa fijando en Antonio sus hermosos ojos en el que se reflejaba todo el amor de su alma;—no estás solo.

—Es verdad; no estoy solo desde que Dios me hizo conocerte, y puso en mi alma este amor que toda la llena. No estoy solo cuando pronto contaré con una madre tan buena como esta. Antes de un mes nos casaremos: trabajaremos sin descanso, y contigo y nuestra buena madre, la felicidad será completa.

Siguióse una ligera pausa. Rosa, abstraída en su amor, no acertaba á decir nada. La pobre ciega se limpiaba las lágrimas escapadas de sus apagados ojos.

—¿No dices nada, Rosa mía?—exclamó Antonio con ansiedad.—¿Y V. tampoco, madre? ¿Qué es esto?

—¡Ay, Antonio!—dijo Rosa más con el aliento que con la palabra—si vieras mi alma, si vieras mi corazón, verías todo lo que yo no acierto á expresar. Es tan grande mi felicidad que dudo si será un sueño.

—Podrá ser un sueño la vida, Rosa; pero no lo será nuestra felicidad. ¿Verdad, madre...?

—Hijo mío;—dijo la pobre ciega;—hace algunos años que mis ojos se apagaron para siempre, sin que me sirvan más que para llorar. Yo no te he visto nunca; pero con los ojos de mi alma me parece ver en tí un hombre honrado y trabajador. Veo que amas á mi Rosa, ese angel que tanto está sufriendo por su pobre madre...

—Sufriendo no, madre mía,—exclamó Rosa levantándose y besando á la pobre ciega—trabajo para mi madre como es mi deber y Dios nos ayuda.

—Bueno, bueno—interrumpió Antonio conmovido;—Rosa trabaja para V. porque es su deber. Yo trabajaré también para todos porque es mi deber... y seremos felices. Usted tendrá un hijo más, y yo tendré una madre tan buena como la que Dios me arrebató en mi niñez y á la que nunca pude dar un beso de mi alma.

—Sí, hijo mío; seré tu madre... y pediré á Dios os haga muy felices, ya que otra cosa no pueda hacer la pobre ciega.

—Y querernos siempre, siempre; ¿verdad, Rosa...?

—Con toda el alma, hijos míos.

—Pues bien—añadió Antonio con ternura;—no pensemos más que en nuestra próxima felicidad. V. la verá con los ojos del alma, como ha dicho antes, y todos nos envidiarán. ¡Debe ser tan hermoso tener madre...!

—¡Y será tan hermoso tener un hijo como tú...!—añadió la ciega.

El tiempo pasaba: Llegó la hora de despedirse y cuando Antonio se dispuso á salir, oyóse en la casa inmediata el rasgado de una guitarra y una voz alegre entonó un obscuro cantar.

—La fiesta de todas las noches—dijo tristemente Antonio.

—¡Pobrecilla!—añadió la ciega—¡compadezcámosla...!

—¡Digna es de lástima!—añadió Rosa á su vez.

Salió Antonio; pero el angel de los puros amores y el angel de la felicidad, velaban por aquella casita humilde y pobre.

II.

Pared por medio de la casita de Rosa se alza otra tan humilde como aquella, si bien con más lujo en sus muebles y enseres. También campea en esta la curiosidad más exquisita, la más escrupulosa limpieza; pero á pesar de esto, se siente al entrar un hedor que repugna, un ambiente que asfixia.

Abundante fuego atenúa el rigor de aquella noche de invierno: dos grandes quinqués de petróleo alumbran profusa-

mente aquella casa. Una madre y una hija la habitan. La madre, de edad avanzada, sirve á su hija, de veinticuatro años, con una pobre criada.

Al quedar viuda, como una de esas muchas mujeres que pasan su vida sin trabajar y murmurando de todos, sintió los horrores de la miseria; la tuvo miedo y quiso forzar un patrimonio en su hija... y apagando los gritos de la conciencia, la vendió como una mercancía cualquiera á uno de esos viejos asquerosos é impúdicos que no temen llevar la deshonra y la perdición al seno de una familia, por un pasajero placer fabuloso muchas veces.

La madre había prostituido á la hija por un puñado de plata, y la hija prostituía á la madre haciendo que la sirviera como criada y encubridora de sus impurezas.

A pesar de su juventud, Juana (así llamábase la hija) era ya una flor ajada y marchita. Ni sus ojos tenían el brillo y fulgor de su edad, ni sus mejillas el rosado tinte de la primavera de la vida.

Al rededor del fuego veíanse algunas cacerolas... preparábase una de esas cenas á la que habían de concurrir varios jóvenes invitados por el viejo protector de aquella casa, y en los cuales se ostenta en toda su hediondez el vicio de la impureza, y el escándalo producido por la embriaguez.

—Tenga V. cuidado con la cena;—dijo Juana á su madre con acento imperativo. —No haga V. alguna de las suyas...!

—Juana;—contestó la madre con timidez;—se conoce que esta noche estás de malhumor...

—Estoy como á V. no le importa. Cuida V. de la cena... y á callar.

—¿Cómo ha de ser!—murmuró la madre.

Oyose en esto un fuerte golpe en la puerta de la calle.

Juana se estremeció.

—¿Será Pepe?—pregunta la madre.

Otro golpe más fuerte que el primero sonó en la puerta, y una voz que dijo:

—Ó abres la puerta ó la derribo... y...

Antes que concluyese su amenaza el que llamaba, Juana se dirigió á la puerta y la abrió, apareciendo por ella un hombre de unos treinta años, robusto y de aspecto nada agradable.

—¿Estábas sorda;—dijo con áspera y alterada voz—ó es que no querías abrir.?

—No había oído llamar;—contestó Juana temblando.

—Pues para que abras el oído;—y descargó sobre ella un bofetón que la hizo vacilar.

—¡Pepe!... exclamó Juana horando.

—¡Calla, mala pieza! Si ya te he dicho que te he de matar...!

—Mira, Pepe, —añadió la madre...

—Cállate tú, vieja sucia, ó te frío en esas cazuelas.

Las dos mujeres quedaron silenciosas. Juana horosa con el dolor del golpe sufrido.

Pepe era uno de esos valientes que viven á costa de cierta clase de mujeres perdidas, porque ninguna persona honrada se toma el trabajo de probarles que su valor es una mentira.

Pepe era el castigo de Juana; y más de una vez el dinero del amante de esta había servido para la holganza de aquel.

—¿Conque tenéis gran cena esta noche?—dijo Pepe sin dejar su tono áspero y enfadado.—Pues bien; esta noche será completa. Esa cena no es para el baboso de tu querido y sus amigos, sino para mí y los míos, que no tardarán en llegar.

—Pepe—dijo Juana soltozando;—no me comprometas; no me pierdas...

—Pues más pérdida que estás!.. Desengádate Juana; cuando una mujer pierde la vergüenza como tú, no hay más remedio que sufrir las consecuencias. Conque así, fuera penas, y venga la guitarra que no quiero ver ver malas caras.

Resignóse Juana; dió á este la guitarra y cantó canciones propias del lugar en que se encontraba.

Y así fué pasando tiempo hasta que se oyó llamar á la puerta de la calle.

Entraron los amigos de Pepe; la madre preparó la mesa y les sirvió la cena. La alegría era inmensa animada por el vicio. La vieja renegaba de aquello porque prevenía una desgracia. Pepe obligó á Juana á sentarse á su lado, y la ordenó que estuviese muy alegre y contenta; pero Juana pensaba en su situación y en vano se afanaba en manifestar una alegría que estaba muy lejos de sentir.

Ya tocaba á su fin la cena, cuando llamaron de nuevo á la puerta.

—¡Valiente chasco se llevan!—dijo Pepe riendo, y con el balbuciente acento de la embriaguez principiante.—¡Anda tú, vieja, y abre que hace mucho frío...!

La vieja abrió.

Juana temblaba de miedo.

Al abrirse la puerta entraron cuatro jóvenes: El amante de Juana no se atrevió á entrar...

—¡Caballeros, dijo Pepe; adelante á comer y beber que el amante de Juana paga!

No describimos lo que allí pasó luego. Aquellos jóvenes se hallaban también medio embriagados, y pensaban completar la noche con aquella cena, invitados por el amante de Juana.

A las insultantes palabras de Pepe, siguieron otras de los recién llegados, y el escándalo fué completo, dando lugar á un ruidoso proceso, pues habían resultado algunos heridos.

Juana fué conducida al hospital con una herida en la cara de bastante gravedad, y cuando recurrió á su amante no obtuvo ni el consuelo de una palabra.

Al salir del hospital se dirigió á su casa, pero la encontró cerrada. Su amante la dejaba abandonada sin más recursos que las ropas que la cubrían.

III.

Dos años después de lo anteriormente bosquejado, celebrábase en la humilde casita de Rosa un acontecimiento feliz y dichoso. En aquel paraíso de amor había aparecido un ángel; un hermoso niño que vino á coronar la dicha de tan honrada familia.

Al sentarse á la mesa, una pobre sucia y haraposa llegóse á pedir limosna.

—Sí, sí, dijo Antonio; tome V. y disfrute también hoy de nuestra felicidad.

La mendiga tomó la limosna abundante de Antonio, y no pudo contener un suspiro y las lágrimas escapadas de sus ojos.

—¡Pobre mujer! Era la madre de Juana.

¿Y Juana? Había dado el primer paso en la pendiente del vicio... y había rodado hasta el abismo. Del vicio á la miseria hay solo un paso; de la miseria al hospital hay otro; Juana los anduvo harto ligera y su juventud y sus gracias tuvieron pronto fin en la mesa de disección de un hospital.

¡Feliz Rosa! ¡Desdichada Juana!

PASCUAL M. ESTEÑ.

Mayo de 1875.

En tésis general.

A nadie necesitaba Cuando yo nada tenía; El mundo me parecía El emblema del amor. La cabeza no bajaba Ni ante los reyes más bravos. Hoy que tengo dos ochavos, Me he vuelto hasta adúlador.

Quando en la calle me encuentro Con un orgulloso rico, Pienso en él, y no me explico En que funda su altivez.

—Ese, nada tiene dentro— Murmuro la voz bajando; —Se vá por fuera mirando, Con su propia estupidez.—

JUAN HURTADO TOMÁS.

Lo que pasa!...

Era pobre y honrada. Su hermosura El deseo de un hombre despertó. Era él tan vil como ella desdichada; La engañó torpemente... y la logró!.

Ella llora perdida su pureza; Nadie á calmar acude su dolor!... El la ha olvidado: el mundo la desprecia Porque no supo conservar su honor!

Y ved la sociedad que, indiferente, Torpe juez de sus vicios y su error, La aparta á ella de sí, mientras la mano Le tiende al seductor!...

JUAN ALEMANY.

Final de la jornada.

Las dos fuerzas enemigas se dieron frente en el llano, y al momento se empeñó un combate encarnizado. Toda la ventaja estaba de parte de los contrarios, que eran muchos los carlistas y pocos nuestros soldados; por eso, aunque se batieron con verdadero entusiasmo, ante la fuerza del número pronto á cejar empezaron y no tardaron en verse materialmente copados aquellos héroes, rendidos de fatiga y de cansancio. El jefe del batallón, el coronel Alvarado, luchando en primera línea con un valor sobrehumano, no tardó en verse en el centro de un círculo de contrarios, debiendo su salvación más que á su arrojo, al caballo que, venciendo con fiereza insuperables obstáculos, rompió el cerco de carlistas y puso á su dueño á salvo...

Ordenó el jefe sus gentes y abandonó luego el campo, valiéndole aquella honrosa retirada, en la que el bravo sufrió una herida en la frente y en una pierna un balazo, el ascenso á brigadier y una cruz de San Fernando.

Acabó por fin la guerra, pasaron algunos años, y caballo y caballero los dos ya viejos é inválidos; sufrieron estoicamente olvidos, males y agravios... Murió el militar ilustre, y su hijo, un gomoso, un fátuo, un ser para todo inútil, escrofuloso y linfático; dando al olvido deberes, para todo hijo, sagrados, por unas cuantas pesetas vendió á un chalan el caballo.

El quinto de la corrida era un toro negro, zaino, de muchas piés, mucho empuje, muy receloso y muy bravo. En cuanto pisó la arena y sufrió el primer puyazo, sembró de capas el ruedo y dejó muertos tres jacos. —¡Más caballos!—gritó el público frenético de entusiasmo; y otro caballo salió... ¡el caballo de Alvarado! Y mientras el noble bruto de sus servicios en pago, y al igual que otros cayeron rodó al suelo, ensangrentado; el indigno descendiente de aquel militar bizarro, gritaba desde el tendido: —¡más caballos! ¡más caballos!...

A. MARÍN REQUENA.

A Pepe Cebrían.

Quando te falte, perdona Porque la intención es sana; Recuerdo que una mañana Nos vimos en Tarragona. Yo buscaba otra patrona, Porque aquella que tenía Ya dinero me pedía; Y al faltarme cobre y plata, Con dos palmos de corbata, Sali á la calle aquel día. Al estirar los dos cuellos, Ni hubo penas ni cotarros; Tu te tragaste dos carros, Y yo ciento treinta sellos. Después... ¡ay! ¡ay!... qué cabellos Aquella joven tenía, Y cuando se sonreía, Nos quedábamos los dos, Diciendo: —Tan solo Dios Cosas tan hermosas cria—

JUAN HURTADO TOMÁS.

Quejarse de vicio.

Me dijiste el otro día, queridísima Consuelo, que no te amaba; dispensa que te diga que no es cierto. Pues si estar toda una noche toda una noche de invierno! debajo de tus balcones como una estatua, sufriendo con resignación estoica las inclemencias del tiempo; romper seis pares de botas en cuatro meses y medio; aguantar que tus vecinos me vayan tomando el pelo; no dejarte á sol ni á sombra; arrugar cinco ó seis cuellos diarios... todos los días de encojer tanto el pescuezo para poder vislumbrarte al balcón del piso sexto; convidar á tu mamá siete noches á refresco; tomar café sin azúcar por llevársela á tu perro y otras mil cosas que callo, no son bastantes ejemplos de mi amor, entonces, chica, lo que es amor no comprenda.

PRIMITIVO GUILLÉN.

Quisicosas

—¡Ay qué desgracia! —¿Qué ocurre? —Que han atropellado á un ciego en la calle, hace un instante. —El tiene la culpa ¿verno? Siendo ciego, por qué vá tan de noche por el pueblo.

Preguntaban á un borracho —Di qué mujeres te gustan las moras ó las judías?... Y contestó: —¿Á mí? ¡las turcas!

—¿Y qué hace tu esposa Bárbara, preguntó Gil á Melquiades. —¿Qué ha de hacer? lo que hace siempre, replicó: ¡barbaridades!

—¿Como os gusta ir al teatro? —A mí de frac. —¿Y á ti Olona? —De levita.

—Don José y á usted ¿cómo? —A mí?... de gorra.

J. SANJUAN MARTINEZ.

(Benejama)

BAÑOS DE STA. ANA

JÁTIVA

Aguas ferro-sulfurosas frías y aguas ferruginosas.

Este antiguo y acreditado establecimiento queda abierto al público desde 1.º de mayo á 31 de octubre de este año. En él se encontrará buena fonda y cómodo hospedaje para todas las clases sociales. Para mayor comodidad de los bañistas cuenta el establecimiento con un coche que presta servicio diario entre éste y la estación de Játiva, y para la tranquilidad de los mismos existe también en aquel un puesto de Guardia civil.

Es universalmente sabido que estas aguas producen eficaces y seguros resultados en todas las manifestaciones *Herpéticas* y *Rictrifolosas* en sus múltiples formas, y que combaten victoriosamente el *luzfatismo*, la *clorosis*, la *anemia* y otras muchas dolencias que se detallan en los carteles y prospectos que todos los años se imprimen, en los que se dan pormenores relativos al *Hospedaje*, ya por cuenta propia, ya en la fonda ó por pupillage.

Los que deseen más detalles se dirigirán á D. Domingo Felch, calle de las Cocinas, 3, bajo, encuadernación, Valencia, ó al administrador de los Baños, quienes facilitarán prospectos.

TIENDA DE CRISTAL, LOZA, PORCELANA Y LAMPISTERIA

Lorenzo Jorge Martinez

MAYOR, 9, VILLENA

En este establecimiento, encontrará el público un extenso surtido en géneros del país y extranjero, á precios sumamente económicos.

CRISTAL

Copas y vasos de todas clases y tamaños, centros de mesa, fruteros, compoteras, azucareros, queseras, saleros, botijos, jarros con asa para mesa, vinagreras, barriles con jeta de metal, botes con tapa etc., etc.

LOZA Ó CHINA OPACA

Platos de todas clases y tamaños y filetes, fuentes varias clases, id. redondas para tortadas, orinales, jarros de todas clases, jicaras, tazas, hueveros, azucareros, tazas de pito, vajillas, etc., etc.

PORCELANA

Juegos de lavabo, id. de café, jicaras y tazas, escupideras, macetas con paisajes, floreros, palilleros, mariposas, ceniceros, tazas y platos para café, etc., etc.

A. GUILLÉN LOPEZ

CALLE MAYOR, ALICANTE

Gran surtido de ferreteria, herramientas, quincalla y perfumeria.

Los constructores de obras, carpinteros, herreros y albañiles, encontrarán mucha variedad de artículos á precios ventajosísimos como lo tiene acreditado dicho comercio.

SELLOS DE CAUCHÚ

En la imprenta de este periódico, se acaban de montar todos los aparatos necesarios para la fabricación de sellos de caucho de todas clases.

Se confeccionan sellos para Ayuntamientos, sociedades, comercios y particulares.

PRECIOS ECONÓMICOS

ANTONIO VALIENTE

3, PLAZA DE SANTIAGO, 3.

TALLER DE EBANISTERIA

ALMACÉN DE MUEBLES

Camas de Hierro á la inglesa

FUNERARIA

Esta casa tiene en depósito un surtido de ferretros metálicos de todos tamaños, á precios económicos.

¡OJO, AGRICULTORES!

Abonos puros triturados de astas y puzas, procedentes de la casa B. ABADIE ET C. de BEAUCOIRE, sin ningún cuerpo extraño para darlos de excelentes resultados para obtener buenas cosechas, etc. para toda clase de siembras, viñedos y plantaciones, y aplicables á todos los terrenos de labor.— PRECIO, 39 PÉSETAS LOS 100 KILOS, franco de envase, porte, y plazo de 90 días fecha de la factura, puesta la mercancía sobre wagon en las estaciones del ferrocarril de Novelda, Elda, Sax, Villena, Caudete, La Encina, Fuente la Higuera, Mogente, Alcedia, Játiva, Biar, Benetama, Bañeras, Bocairente, y en los pueblos de Castellón, Oñil, Ibi, Cocentaina, Muró, y en este depósito de Alcoy, casa del representante

RAFAEL ARACIL, Sta. Elena, 1.

Agente único en las provincias de Alicante y Valencia. En VILLENA, Sub-agente, D. FRANCISCO HERNANDEZ PARDO, Calle de la Estación.

TALLER DE EBANISTERIA

y Almacén de muebles y camas de hierro

DE

EMILIO PUCHE

Gran surtido en maletas, bolsos, limosneros, carters, petacas, cinturones de señora, portamonedas.

Artículos fantasía para regalos.

Lampisteria, batería de cocina, y juguetes.

Enito y variado surtido en bastones.

Esta casa es la que más barato amuebla una habitación, á saber: 1 sillera de brocatel de seda ó sean 8 sillas, 2 sillones y 1 sofá, 1 entredós á elegir, 1 espejo 1.º de 108 por 70 centímetros y un centro con mármol bizantino, por 500 pesetas.

También encontrará el público todo lo concerniente á funeraria, especialmente en ferretros de metal, á precios sumamente económicos.

LA VILLENENSE

FÁBRICA DE BEBIDAS GASEOSAS DE

F. HERNANDEZ BLANQUED

CORREDERA, 13, VILLENA.

GUANO PILKINGTON

CONCENTRADO, INGLÉS

¡EL MEJOR DE LOS GUANOS CONOCIDOS!!

¡Basta probarlo una sola vez, para convencerse de que no hay abono que se le iguale.

Próxima la época en que han de prepararse los terrenos para la siembra de cereales, creemos prestar un servicio importante á los agricultores, recomendándoles el empleo del GUANO PILKINGTON, que es indiscutiblemente el mejor de todos los guanos conocidos hasta la fecha, y el abono más barato de cuantos se emplean en la agricultura.

Las bases de que se compone el GUANO PILKINGTON, hacen de él un abono muy duradero, y de resultados tan positivos para el desarrollo de los cereales, que todos cuantos agricultores lo han empleado, han obtenido un rendimiento maravilloso, pues han visto duplicado el producto de sus cosechas.

De aquí, que ninguno de cuantos han empleado como abono este guano, hayan usado ya después otro alguno, y le pregonen como ¡EL REY DE LOS GUANOS!

Pruébese una sola vez, para convencerse de la eficacia de este abono, y de su incomparable baratura con relación á todos los demás.

Pídanse informes á los Sres. D. Francisco Hurtado de Andrés, D. José Perez Cisneros, D. Francisco Hernandez Hurtado, D. Juan Hernandez Osa, Sra. Viuda de D. Antonio Hernandez Tomás y otros varios que han empleado EL GUANO PILKINGTON como abono para cereales, y se vencerán de la verdad de cuanto hemos dicho.

Emplease también con resultados ventajosos sobre otros guanos, para el abono de las viñas.

UNICO DEPÓSITO EN ESTA PROVINCIA:

José García Ripoll

También les consta á los consumidores las grandes existencias buenas clases y económicos precios de los AZUFRES, SULFATO DE COBRE, ÁCIDO TARTÁRICO y CEMENTO PORTLAND INGLÉS.

Esta casa garantiza las clases de los artículos que anuncia, puesto que los recibe directamente de sus mismas procedencias.

DROGUERÍA, --MAYOR, 12--VILLENA